

«Los Contemporáneos»

Y "LOS MAESTROS"



LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS DE LOS HERMANOS

S. y J. Alvarez Quintero

::::: Ilustraciones de M. PEDRERO :::::

ACTOS TERCERO Y CUARTO

2 DE ENERO DE 1914

NÚM. 262

30 cénts.

OBRAS DE LOS SRES. ÁLVAREZ QUINTERO

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles*:

ESGRIMA Y AMOR, juguete cómico. (2.^a edición).
BELÉN, 12, PRINCIPAL, juguete cómico. (2.^a edición).
GILITO, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.^a edición).
LA MEDIA NARANJA, juguete cómico. (3.^a edición).
EL TÍO DE LA FLAUTA, juguete cómico. (3.^a edición).
EL OJITO DERECHO, entremés (4.^a edición).
LA REJA, comedia en un acto. (5.^a edición).
LA BUENA SOMBRA, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición).
EL PEREGRINO, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición).
LA VIDA ÍNTIMA, comedia en dos actos. (3.^a edición).
LOS BORRACHOS, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.^a edición).
EL CHIQUILLO, entremés. (7.^a edición).
LAS CASAS DE CARTÓN, juguete cómico. (2.^a edición).
EL TRAJE DE LUCES, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.^a edición).
EL PATIO, comedia en dos actos. (4.^a edición).
EL MOTETE, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.^a edición).
EL ESTRENO, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.^a edición).
LOS GALEOTES, comedia en cuatro actos. (4.^a edición).
LA PENA, drama en dos cuadros. (2.^a edición).
LA AZOTEA, comedia en un acto. (2.^a edición).
EL GÉNERO INFIMO, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
EL NIDO, comedia en dos actos. (3.^a edición).
LAS FLORES, comedia en tres actos. (3.^a edición).
LO PIROPOS, entremés. (2.^a edición).
EL FLECHAZO, entremés (2.^a edición).
EL AMOR EN EL TEATRO, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.^a edición).
ABANICOS Y PANDERETAS ó ¡Á SEVILLA EN EL BOTLLO!, humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
LA DICHA AJENA, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición).
PEPITA REYES, comedia en dos actos. (2.^a edición).
LOS MERITORIOS, pasillo.
LA ZAHORÍ, entremés. (2.^a edición).
LA REINA MORA, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.^a edición).
ZARAGATAS, sainete en dos cuadros. (2.^a edición).
LA ZAGALA, comedia en cuatro actos. (2.^a edición).
LA CASA DE GARCÍA, comedia en tres actos.
LA CONTRATA, apópsito.
EL AMOR QUE PASA, comedia en dos actos. (2.^a edición).
EL MAL DE AMORES, sainete con música del maestro José Serrano.
EL NUEVO SERVIDOR, humorada.
MAÑANA DE SOL, paso de comedia. (2.^a edición).
FEA Y CON GRACIA, pasillo con música del maestro Turina.
LA AVENTURA DE LOS GALEOTES, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
LA MUSA LOCA, comedia en tres actos.
LA PITANZA, entremés.
EL AMOR EN SOLFA, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
LOS CHORROS DEL ORO, entremés. (2.^a edición).
MORRITOS, entremés.
AMOR Á OSCURAS, paso de comedia.
LA MALA SOMBRA, sainete con música del maestro José Serrano. (2.^a edición).
EL GENIO ALEGRE, comedia en tres actos (2.^a edición).
EL NIÑO PRODIGIO, comedia en dos actos.
NANITA NANA..., entremés con música del maestro José Serrano.
LA ZANCADILLA, entremés.
LA BELLA LUCERITO, entremés con música del maestro Saco del Valle.
LA PATRIA CHICA, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.^a edición).
LA VIDA QUE VUELVE, comedia en dos actos.
A LA LUZ DE LA LUNA, paso de comedia.
LA ESCONDIDA SENDA, comedia en dos actos.
EL AGUA MILAGROSA, paso de comedia.
LAS BUÑOLERAS, entremés.
LAS DE CAÍN, comedia en tres actos.
LAS MIL MARAVILLAS, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
SANGRE GORDA, entremés.
AMORES Y AMORIS, comedia en cuatro actos. (2.^a edición).
EL PATINILLO, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
DOÑA CLARINES, comedia en tres actos.

EL CENTENARIO, comedia en tres actos.
LA MUELA DEL REY FARFÁN, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
HERIDA DE MUERTE, paso de comedia.
EL ÚLTIMO CAPÍTULO, paso de comedia.
LA RIMA ETERNA, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
LA FLOR DE LA VIDA, poema dramático en tres actos.
SOLICO EN EL MUNDO, entremés.
PALOMILLA, monólogo.
ROSA Y ROSITA, entremés.
EL HOMBRE QUE HACE REIR, monólogo.
ANITA LA RISUEÑA, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.
PUEBLA DE LAS MUJERES, comedia en dos actos.
SÁBADO SIN SOL, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
MALVALOCA, drama en tres actos.
LAS HAZAÑAS DE JUANILLO EL DE MOLARES, apópsito.
MUNDO MUNDILLO..., comedia en tres actos.
FORTUNATO, historia tragi-cómica en tres cuadros.
NENA TERUEL, comedia en dos actos y un epílogo.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento*:

COMEDIAS ESCOGIDAS:

- I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
 - II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
 - III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
 - IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
- V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo..., Fortunato y Nena Teruel.

En preparación:

DE LA TIERRA BAJA, cuentos andaluces.
LAS AVENTURAS DE TARTAJILLA (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

POMPAS Y HONORES, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*. Fernando Fe, Madrid.

FIESTAS DE AMOR Y POESÍA, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas, Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

- I EASTIDI DELLA CELEBRITA (La vida íntima), por Giulio de Medici.
IL PATIO (El cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I GALEOTI (*Los Galeotes*), por el mismo.
LA PENA, por el mismo.
I FIORI (*Las flores*), por el mismo.
LA CASA DI GARCÍA, por Luigi Motta.
L'AMORE CHE PASSA, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
MATTINA DI SOLE (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
AL CHIARO DI LUNA (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.
L'ACQUA MIRACCOLOSA (*El agua milagrosa*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
LE FATICHE DI ERCOLE (*Las de Caín*), por Juan Fabrè y Oliver.
SIORA CHIARETA (*Doña Clarines*), por Giulio de Frenzi.
IL CENTENARIO, por Franco Liberati.
L'ULTIMO CAPITULO, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
IL FIOR DELLA VITA, por los mismos.
MALVALOCA, por los mismos.
RAGNATELE D'AMORE (*Puebla de las mujeres*), por Enrico Tedeschi.

AL ALEMÁN:

- EIN SOMMERIDYLL IN SEVILA (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.
DIE BLUMEN (*Las flores*), por el mismo.
DAS FREUDE GLÜCK (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rhode.
DIE LIEBE GEHT VORÜBER (*El amor que pasa*), por el Doctor Max Brausewetter.
EIN SONNIGER MORGEN (*Mañana de sol*), por Mary V. Haken.
LEBENSJUST (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

AL FRANCÉS:

- MATINÉE DE SOLEIL (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
LA FLEUR DE LA VIE (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDEÉS:

- DE BLOEM VAN HET LEVEN (*La flor de la vida*), por N. Smidt Reineke.

LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día. En la camilla una servilleta extendida y sobre ella un cubierto. Al lado una botella de vino y una copa. A través de la ventana del foro, que aparece abierta, se ve el patio de la casa.

DON MIGUEL pasea preocupado. Sale PEDRITO de la tienda, preocupado también, y en extremo afónico á consecuencia de la representación de dos dramas en que ha tomado parte activa.

PEDRITO.—Sin gota de sangre vengo, don Miguel de mis culpas.

DON MIGUEL.—¿Qué ocurre?

PEDRITO.—La edición de lujo de las obras de Larra, ¿la ha vendido usted?

DON MIGUEL.—No.

PEDRITO.—Pues ayúdeme usted á sentir: no la encuentro por ninguna parte.

DON MIGUEL.—Busca, busca bien; porque venderse no se ha vendido. Y dime, muchacho, ¿tú de qué tienes esa voz?

PEDRITO.—¡Toma! De la función de anoche, que fué función monstruo. Hicimos *Consuelo* y *El Trovador*; y suspendimos *Los amantes de Teruel* y *La campanilla de los apuros*, para no quedarnos todos sin campanilla. Lo último es perder las facultades, don Miguel.

DON MIGUEL.—Bueno, sí; vete á buscar eso...

PEDRITO (*Metiéndose en la librería.*)—Ya, ya...

*Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero...*

DON MIGUEL.—Cierto que es extraño eso de las obras de Larra. No es el primer libro que se pierde... A buen seguro que si se entera Jeremías les echa la culpa á los Galeotes... Pero yo no—Dios me libre;—no me atrevo á tanto. Y eso que han hecho cosas tan feillas, tan poco decorosas... ¡Todo sea por Dios! Luego, ese Calixto que se ha presentado á última hora me da muy mala espina...

(*Por la puerta que da á la tienda llega JEREMÍAS. Habla en tono zumbón.*)

JEREMÍAS.—Querido Miguel: vengo absorto.

DON MIGUEL.—¡Hombre!

JEREMÍAS.—Acaban de entrar en la librería una dama y dos caballeros, que sin duda son gente gorda.

DON MIGUEL.—¿Gente gorda aquí?

JEREMÍAS.—Como lo oyes. El propio Rodríguez, á quien yo le estaba enseñando el "¡No te tires, Reverte!" se quedó al verlos mudo de sorpresa.

DON MIGUEL.—¿Y qué es lo que quieren?

JEREMÍAS.—No lo sé. Vienen preguntando por don Moisés Galeote, y, en su defecto, por don Miguel de Cañas.

DON MIGUEL.—¿Por mí? Vaya, pues que entre quien sea y no me canses más.

JEREMÍAS (*Desde la puerta que da á la librería les dirige la palabra á los que están dentro.*)—Adelante, señores.

(*Recoge á un lado la cortina y salen el MEMBRILLO, EL OJERAS y la RICITOS. Don Miguel se queda estupefacto. El Ojeras y el Membrillo son toreros de invierno y la Ricitos grande amiga suya.*)

DON MIGUEL.—(¡Le parece á usted!)

MEMBRILLO.—Güenas tardes.

DON MIGUEL.—Dios guarde á ustedes. ¿En qué puedo servirles?

OJERAS.—¿Es ust...?

MEMBRILLO (*Adelantándose al Ojeras.*)—¿Es usté el padre de don Calixto por casualidad?

DON MIGUEL.—No, señor.

OJERAS.—Por muchos años.

MEMBRILLO (*Bajo al Ojeras, de cuya boca no espera que salgan flores.*)—Cáyate, Ojeras. (*A don Miguel.*) ¿Entonces es usté (*Leyendo en un sobre.*) don Miguel de Cañas?

DON MIGUEL.—El mismo.

RICITOS.—Por muchos años.

MEMBRILLO (*Al Ojeras, por la Ricitos, de cuya*

boca tampoco espera milagros.)—Que se caye esa, hombre.

OJERAS.—¡Gachó con éste!

MEMBRILLO.—Güeno, pos mire usté: nosotros somos...

JEREMÍAS.—Somos, hubiera dicho yo.

MEMBRILLO.—¿Sí, eh? (*Lo mira y se rasca.*)

OJERAS.—Pero, Membriyo, ¿tíes más que entregarle la carta de don Calixto al señor y así conchuyes antes?

MEMBRILLO.—¿Te quíes cayar, Ojeras? (*A don Miguel.*) Tome usté la carta. (*Refunfuñando.*) ¡Tíe narices la cosa!

DON MIGUEL.—Vamos á ver la carta... (*La abre y lee.*) “Mi querido padre: no extrañes que te escriba desde la prevención, porque estoy preso.” ¡Caramba! “Los dadores de la presente sabrán explicarte el cómo y cuándo de mi desgracia y el medio mejor de librarme de ella, tú mismo ó tu generoso protector. Te idolatra, Calixto.” ¡Demonio! ¡demonio!

JEREMÍAS.—Lo que te dije: ¡gente gorda!

DON MIGUEL.—Calla. Pero ¿qué diablura ha cometido ese chico para verse así?

MEMBRILLO.—Verá usté, señor; la cosa fué anoche en el *Briyante*. Por cierto que tomemos tos el primer disgusto.

JEREMÍAS (*Corrigiéndole.*)—Tomamos, se dice.

MEMBRILLO (*Volviendo á mirarlo y á rascarse.*)—(¿No tendrá ese tío na que hacer por ayá dentro?) (*A don Miguel.*) Resultó que estando aquí la señora...

JEREMÍAS.—La señora no ha estado nunca aquí.

(*Los tres de la comisión se le quieren comer con los ojos.*)

OJERAS.—Si aquí es azjetivo, cabayero.

JEREMÍAS.—¡Ah!

MEMBRILLO (*Dispuesto á que no le corrijan más.*)—Estando, coma, aquí la señora, coma, con aquí el amigo y un servidor, dos comas—porque paece que estamos en el Ateneo,—en el café del *Briyante* con don Calixto, se presentó de golpe la Adela del brazo del Galápagu. Ver don Calixto á su hermana...

DON MIGUEL.—¿A qué hermana?

OJERAS (*Al Membrillo, tirándole de la chaqueta.*)—(Que te vas á colar, Membriyo; tanto como presumes...)

MEMBRILLO.—(¿Que me he colao ya! ¡Maldita sea...! Lo primero que me encargaron...)

DON MIGUEL.—¿Quién es esa hermana, diga usted? ¿Quién es esa Adela...?

MEMBRILLO.—Pos esa Adela es una hermana...

RICITOS.—¡Si no es hermana, hombre!

OJERAS.—¡Si no es hermana!

MEMBRILLO.—¡No me atorruyéis! Cualquiera se equivoca, señor. Es una amiga de don Calixto, ¿usté no comprende...? que tiene simpatías personales por el Galápagu.

DON MIGUEL.—(¿Qué extraño es todo esto!)

MEMBRILLO.—Y como el Galápagu está así con don Calixto, (*Juntando los índices por las puntas.*) lo mismo fué verle que le estreyó un sifón en la cabeza. Lo demás no hay pa qué repetirlo; son he-

chos consumaos. Y á mi se me ocurre que la mejor manera de arreglar eso—salvo el parecer de tos ustedes—es untarle la mano á quien yo me sé... y en paz y jugando.

JEREMÍAS (*Dando una vuelta en torno de don Miguel, de modo que le dice una frase por cada oído.*)—(Esto es un timo: no vayas á escurrirte.)

DON MIGUEL (*A Jeremías.*)—(Descuida.) ¿Usted opina eso, verdad?

OJERAS (*A la Ricitos.*)—(Pa mi que *Salmerón* va al hule, tú.)

RICITOS (*Al Ojeras.*)—(Es que la comisión se las trai un poco.)

DON MIGUEL.—Bueno, pues... contra la respetable opinión de usted está la mía: yo no gusto de comprar á nadie, y á la justicia menos.

MEMBRILLO (*Profundamente convencido.*)—(¡Vaya! ¡hemos acabao!) ¿De modo que usté... nequáquan?

DON MIGUEL.—Según lo que usted entienda por nequáquan.

OJERAS.—Nequáquan es que usté no añoja ni pa Dios.

JEREMÍAS.—Traducción literal.

MEMBRILLO.—¡Te veo sin mantón, Ricitos!

RICITOS.—¡Pa chasco! Lo que es éste no lo suelto yo tan fácil...

MEMBRILLO.—¡Eso será ú no será! Miá esta ahora...

DON MIGUEL.—Bien; la calle es el mejor sitio para ventilar esas cuestiones... Yo, por mi parte, ya he dicho cuanto tenía que decir.

MEMBRILLO.—Usté dispense, cabayero...

RICITOS.—Queden ustés con Dios...

MEMBRILLO.—En la cuadriya del *Microbio Chico* me tiene usté de banderiyero de confianza, pa lo que se ofrezga.

OJERAS.—En la misma cuadriya, de puntiyero, pa servir á usté.

DON MIGUEL.—¡Canario! Muchas gracias. Adiós.

JEREMÍAS.—Ofréceles la casa, si te parece.

MEMBRILLO (*Yéndose á la calle tras la Ricitos y el Ojeras.*)—(¿De güen humor van á ponerse el padre y el hijo!)

JEREMÍAS (*Asomándose á la misma puerta y gritando.*)—¡Pedrito! ¡ojos hasta en las uñas!

DON MIGUEL.—Chico, estoy perplejo; no sé qué pensar.

JEREMÍAS.—Yo, sí. ¿Qué te dije ayer? Les has negado dinero dos veces, ¿verdad? ¡Pues aguarda el timo!

DON MIGUEL.—No, no, no... yo no creo... Digo, se me figura á mí que no es posible... ¿O es que yo estoy viviendo en las estrellas?

(*Llega CATALINA de la calle con varios paquetes de una tienda de ultramarinos.*)

CATALINA.—Ave María, don Migué, ¿qué gentuza eza que ahora zalia? Desde que eza tropa está aquí, vienen á esta caza unos tipos que yo no he visto nunca.

DON MIGUEL.—Mira, vete á la cocina y no hables más.

CATALINA.—Al instante me voy. Pero ¿pa qué, zi no adelanto na hasta que no armuerce er demo-

ni' er viejo? Y miéntras la candela encendía, y ze gasta carbón y ze gasta leña y ze conzume una... ¡Jozú, Jozú! ¡zi doña Lorenza viera este dezarrreglo...

DON MIGUEL.—Cierto que eso de presentarse á almorzar cuando les da la gana...

corrá: plumas por tos laos... Hacía usté azín, respiraba fuerte... y ze le yenaba la boca e plumas.

DON MIGUEL.—No, si yo reconozco que son molestos... y que me he equivocado al juzgarlos—Carita aparte, ¿eh...?—pero se me arde la cara só'lo de pensar que tengo que decirles, sin aguardar á



VICTORIANO.— ...¿ me devuelve usté el dinero...

JEREMÍAS.—¡ Ah, eso es muy cómodo!

CATALINA.—Como que aquí loz amos paecen eyos ahora... Don Migué, don Migué, eche usté á eza gente á la caye.

DON MIGUEL.—Pero, mujer, por los clavos de Cristo, ¿ cómo lo voy á echar...? Si les hubiéramos descubierto una maca gorda...

CATALINA.—Pero ¿ quié usté más que tos los negocios que inventa er padre—¡ mala perdigoná le den donde yo diga!—pa zacarle á usté cuartos? ¿ No ha visto usté que ha hecho zeis retratos, y loz ha cobrao tos er grandízimo tuno, y aquí no ha traío una pezeta?

DON MIGUEL.—El dice que no lo ha cobrao.

JEREMÍAS.—¡ Pues lo ha cobrao!

CATALINA.—Y venga dinero pa papé, y dinero pa cisco, y dinero pa barniz, y dinero pa to, y pan pa borra, que ze yevaba toa la miga, como zi hubiera patos en la caza...

JEREMÍAS.—¿ Y los libros que se han perdido? ¿ Y la cría de gallinas y palomos, dónde me la dejas?

CATALINA.—¡ Aplique usté er cuento! La cría de los palomos... Puzo la caza como si fuea un

que resuelvan su situación, que están demás aquí. Yo no hago eso: no sé, no sirvo... no quiero, tampoco.

JEREMÍAS.—Pues mal que te pese lo vas á hacer en cuanto sepas lo que voy á decirte.

DON MIGUEL.—Habla.

JEREMÍAS.—Mario Galeote está enamorado á tu hija.

CATALINA (*Horrorizada*).—¡ Jozú!

DON MIGUEL.—Vamós, Jeremías, no inventes, en tu deseo de que lo ponga en el arroyo.

JEREMÍAS.—No invento, Miguel. Ni es eso lo peor. Tu hija está enamorada de Mario Galeote.

DON MIGUEL.—¿ Quieres callar? ¡ Tonto de mí, que te hago caso sabiendo quién eres!

JEREMÍAS.—¿ Pero no crees lo que te he d'cho?

DON MIGUEL.—¿ Cómo he de creerlo, majadero? ¿ No lo conozco á él? ¿ no la conozco á ella?

CATALINA.—Ay, ezo no, don Migué de mis curpas; miste que en las cuestiones der quéré ze ven cozas mu raras... Cuántas veces no dice una: pero á eza arrastrá mujé, ¿ qué le habrá gustao de eze hombre? Y una no ze lo explica; pero argo tendrá el hombre cuando á la mujé le ha gustao. ¡ Ay

don Migué, don Migué, no juegue usted con eso! ¡Ay qué doló de hija, en podé de eze piyo! ¡Ay, miste que ezo ya no es azunto de ochavos, miste que ezo es mu zerio...!

DON MIGUEL.—Pero ¿quieres dejarme? ¿O es que os habéis propuesto volverme loco?

CATALINA.—¡No ze ciegue usted, don Migué...!

DON MIGUEL.—¡Que me dejes, te digo!

JEREMÍAS.—¿Es que no atiendes á razones?

DON MIGUEL.—¡Y tú también, agorero del diablo!

JEREMÍAS.—Basta. Cierro mi pico. Yo ya he cumplido con mi deber. *(Al ir á entrar en la librería llega DON MOISÉS, con quien se cruza y á quien hace una reverencia, sin perjuicio de la inevitable cita del Tenorio.)* Dice, señor Capitán Centellas, ¿vos por aquí? Beso á usted la mano. *(Se va.)*

DON MOISÉS *(De mal talante.)*—Hola.

DON MIGUEL.—Hola. ¿Eres tú?

DON MOISÉS.—Yo mismo: ¿no me ves?

CATALINA.—¡Vaya unaz horas de veni á armorzá!

DON MOISÉS.—Hame sido imposible venir más temprano. Si molesto, con no almorzar estamos al cabo de la calle.

DON MIGUEL.—Hombre, eso es una pata de gallo... porque otros días...

DON MOISÉS.—Es que llueve sobre mojado, ¿te enteras? Y quede esto aquí. *(Se sienta con mal humor delante del cubierto.)*

DON MIGUEL.—Sí; será lo mejor. Sirvele el almuerzo á don Moisés, Catalina.

CATALINA.—*(Carita ze lo traerá; lo que es yo...)* *(Contemplando con desdén.)* Míalo: don Rodrigo en la jorca. Ya no ze acuerda de que entró aquí con un trapo atrás y otro alante... y la barriga pegá al espinazo. *(Se va al interior.)*

DON MOISÉS *(Soltando un resoplido de rabia.)*—Está buena la cosa.

DON MIGUEL.—*(Contento viene éste.)* *(Dándole la carta de Calixto.)* Toma: esta carta han traído para ti.

DON MOISÉS.—Sí. *(La coge, la hace dos pedazos y la tira.)* Ya he visto á esos señores. Lo sé todo. Sé que mi hijo se queda en la cárcel.

DON MIGUEL.—¿Es culpa mía que haya entrado en ella?

DON MOISÉS.—Bien, bien; bien... También prefiero que quede esto aquí.

DON MIGUEL.—Y yo. Peor es meneallo, amigo Sancho. *(Don Moisés empieza á tararear una música juguetona. Sale CARITA del interior y le sirve un trozo de tortilla.)*

CARITA.—Padrino, buenas tardes. ¿Por qué no ha venido usted á almorzar á tiempo?

DON MOISÉS.—¿Por qué te metes tú en lo que no te importa?

CARITA.—¡Qué manera de contestar!

DON MIGUEL.—Mala hierba has pisado, Moisés.

DON MOISÉS *(Reflexionando sobre la tortilla.)*—*(Cualquiera le hinca el diente á esta tortilla después de haber almorzado con Calixto. ¡Vengo hasta la nuez!)* *(Come algunos bocados con gran es-*

fuerzo, y los echa para abajo á fuerza de vino.) Tortilla de patatas... sin patatas... ¡Y fría!

CARITA.—Con haber estado á su hora se evitaría usted eso. Tampoco me muerdo yo la lengua cuando hace falta.

(Vuelve JEREMÍAS á salir de la librería, y se dirige á don Miguel con la misma zumba que antes.)

JEREMÍAS.—Chico, ¿tenemos hoy besamanos? ¿Tú sabes?

DON MIGUEL.—¿Otra te pego?

JEREMÍAS.—Después de los diplomáticos que acaban de irse, se presenta ahora un matrimonio de alto copete.

DON MIGUEL.—¡Vamos, hombre!

JEREMÍAS.—¿Lo dudas? *(A los de dentro.)* Pasen, pasen... *(Yo los meto aquí.)*

(En efecto, salen VICTORIANO y la SEÑÁ PEPA, gente bien acomodada del pueblo de Madrid. El viene de hongo y chaqueta de terciopelo. Ella de mantón de espuma lujoso. Trae en la mano un rollo grande, que es un retrato de su suegra, debido al cisco de don Moisés. Victoriano no trae ningún rollo, pero en cambio trae un bastón que lo parece.)

VICTORIANO.—Güenas tardes, señores y la compañía.

SEÑÁ PEPA.—Güenas tardes.

DON MIGUEL Y CARITA.—Muy buenas...

DON MOISÉS.—¡Adiós! ¡La carnicera del retrato!

SEÑÁ PEPA *(Señalando á don Moisés.)*—Ese cabayero es el retratista.

VICTORIANO.—¿Sí, eh? Pos me alegro de verle á usted regular.

DON MIGUEL.—*(Aquí vamos á tener otra escena desagradable.)*

DON MOISÉS.—Ustedes dirán lo que desean.

SEÑÁ PEPA.—Tres días con hoy yevamos buscándole á usted, y usted invisible: como si fuea un fantasma.

VICTORIANO *(Reconviniéndola.)*—Expresiones, no.—Güeno, pos yo soy el marido de la señora, que tuvo la debilidad de encargarle á usted un retrato de mi señora mamá, que esté en gloria, pa darme á mí una sorpresa el día e mi santo. ¡Mecachis en la sorpresa! Deslíá, tú.

(La señora obedece.)

CARITA.—*(Dios mío de mi alma, qué malas pulgas debe de tener este tío... ¡Qué ojos me echa!)*

VICTORIANO *(Señalando al retrato.)*—¿Le parece á usted? Si me dice usted que ese muñeco es mi señora mamá, se ha acabao el almuerzo.

DON MOISÉS.—Ante todo, á mí pocas bravatas. Yo he copiado eso de una fotografía y respondo del parecido exacto. ¡Y hemos concluído!

VICTORIANO *(Llegándose á él con mucha sorna.)*—¿Que hemos concluído?

CARITA.—¡Ay, Jesús! Se lo come.)

SEÑÁ PEPA.—Pero si entoavía no hemos empezao; ¿será usted pampli?

VICTORIANO.—¡Te he dicho que expresiones, no!—¿Usted ha reparao bien en lo que ha hecho? ¡Si parece un Rey Mago! Mi señora mamá, como te-

ner algo de periya, sí la tenía; pero, compadre, ahí se le fué á usted el carbonciyo una miaja.

DON MOISÉS.—Bueno, bueno, basta de historias: ¿qué hay? (*Se levanta.*) (Si no la echo de guapo, estoy perdido.)

VICTORIANO.—¿Que qué hay? Pos yo no veo más que una de dos: (*Dando un bastonazo en la camilla.*) ó me devuelve usted el dinero...

DON MIGUEL.—(¡Hola!)

(*Don Moisés empieza á sonarse con gran estrépito en vista de que la tierra no se lo traga.*)

JEREMÍAS (*Cantando.*)

*Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...*

DON MIGUEL.—Pero, ¿qué dice usted de dinero, si este señor no ha cobrado el retrato?

(*Don Moisés continúa suena que suena, cada vez más fuerte.*)

CARITA.—(¡Virgen María!)

SEÑÁ PEPA.—¿Cómo que no ha cobrao, si le pagué yo macho sobre macho los seis cabales? ¡Mí San Roque...! ¡Que no ha cobrao...! ¡que no ha cobrao...!

DON MIGUEL.—Moisés, ¿has cobrado en efecto?

DON MOISÉS.—Te diré, hombre: verás lo que pasó. Cobrar he cobrado, pero escúchame...

SEÑÁ PEPA.—¿Ve usted, cabayero...?

JEREMÍAS (*Cantando otra vez.*)

*Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...*

VICTORIANO.—¿No tiene más que esa pieza ese arístón?

SEÑÁ PEPA.—Por to paso yo menos por que me yamen á mi tramposa. Y si ese tío ha dicho que no le he pagao...

VICTORIANO (*Dando otro bastonazo en la camilla.*)—¡Expresiones, no!

DON MIGUEL.—Ni expresiones ni bastonazos, amigo.

VICTORIANO.—Porque vas á perder la fuerza moral... Aquí no hay más que lo que yo digo: ó se nos devuelven los machos, ó le pongo yo al artista un carriyo como un queso e bola.

DON MOISÉS (*Echando mano á la botella del vino.*)—¿A mí?

CARITA.—¡Padrino, por Dios!

VICTORIANO.—¡A usted!

DON MIGUEL.—Basta. Vengan ustedes conmigo.

JEREMÍAS.—¿Qué vas á hacer?

DON MIGUEL.—Lo que á tí no te importa. Vengan ustedes y se les pagará lo que sea.

DON MOISÉS.—¡No seas tonto, Miguel!

DON MIGUEL.—No soy tonto, no. Pero no quiero presenciar en mi casa escenas que nunca he presenciado.

CARITA.—(¡Qué bochorno tan grande!)

DON MIGUEL (*A los del dibujo.*)—¿Vamos?



EL MEMBRILLO

VICTORIANO.—Vamos, sí. Usted se pone en la razón, cabayero. (*A la señá Pepa.*) Tú, deja ahí eso, pa que se quite el hipo la familia.

DON MOISÉS.—¡El hipo...! ¡Lo que entenderá usted de dibujo...!

VICTORIANO.—¡Nos ha fastidao éste! ¡Pos ni que fuea usted el Graco!

SEÑÁ PEPA (*Dejando el retrato sobre la camilla y yéndose con don Miguel y Victoriano por la puerta del establecimiento.*)—Güenas tardes.

JEREMÍAS (*Siguiéndolos.*)—Dice, y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya...

DON MOISÉS (*Arrojando á un rincón el retrato, lleno de ira.*)—¡Maldita sea la hora en que nació!

CARITA.—Padrino, hay para morir de vergüenza.

DON MOISÉS.—¡Hay para darte á ti un bofetón si no te quitas de mi lado!

CARITA.—Muy pronto me quitaré, no se apure. Y puede que no me vuelva usted á ver en su vida.

DON MOISÉS.—¡No caerá esa breva!

CARITA.—Sí caerá.

DON MOISÉS.—¡Pues cuanto antes, mejor! ¿A mí qué? (*Se sienta agitadísimo. Pausa.*)

CARITA.—¿Va usted á seguir almorzando?

DON MOISÉS (*Levantándose de pronto.*)—¡Que almuerce el Nuncio!

CARITA.—¿Quiere usted más sardinitas en aceite?



LA RICITOS Y EL OJERAS

DON MOISÉS.—¡Lo que yo quiero son pepinillos en vinagre! (*Vase de estampia al interior de la casa.*)

CARITA.—Cada momento que pasa me aseguro más en mi idea. Me voy, me voy de aquí, no se figure ese señor, no se figure Gloria que soy de la calaña de esa gente. Ni siquiera sé cómo he vivido tanto tiempo con ellos... Pero ya se acabó; hoy mismo... ahora mismo hablo con don Miguel.

(*Sale DON MIGUEL de la librería.*)

DON MIGUEL.—Lo he visto y no lo creo. Por supuesto, que ese me va á escuchar cuatro verdades. (*Va hacia el interior de la casa.*) ¡Engañarme así...!

CARITA (*Deteniéndolo.*)—Don Miguel.

DON MIGUEL.—¿Qué quieres, Carita?

CARITA.—Si va usted á hacer algo, nada.

DON MIGUEL.—Lo que iba á hacer no me corre prisa: de todos modos he de hacerlo. Dime lo que desees.

CARITA.—Hablar con usted dos minutos.

DON MIGUEL.—Como si quieres que hablemos dos horas. Ya sabes que me encanta oírte.

CARITA.—Muchísimas gracias... Es usted muy bueno conmigo... es decir, conmigo y con todos... demasiado bueno para vivir en este mundo tan ruin.

DON MIGUEL.—Demasiado bueno no se es nunca; demasiado simple en todo caso es lo que yo soy.

CARITA (*Principiando á gimotear.*)—¡Ay, Dios mío...!

DON MIGUEL.—¿Qué es eso, chiquilla? ¿Qué significan esos pucheros? Vaya, no seas tonta; siéntate aquí y cuéntame tus penas.

(*Se sientan los dos.*)

CARITA.—Ay, señor don Miguel de mi alma; esto no es para mí. Mire usted que á mí me liaron al nacer en unos pañalitos muy decentes, porque la pobreza y la decencia no están reñidas, y que mi papá, que en paz descansa, era como usted: ni una mala acción, ni una mala cara para nadie, ni una palabra fea. Hasta de los mosquitos y las pulgas se dejaba picar por no causarles daño. ¡Así acabó sus días...! Los pocos cuartitos que me dejó al morir se los llevó el viento... Digo, el viento; á cualquier cosa le llama una el viento... Ya comprenderá usted que el viento es mi padrino. ¡Vaya un viento fresco...!

DON MIGUEL.—Pero ¿adónde vas á parar, muchacha? Déjate de preámbulos, que te conozco lo suficientes para que no los necesites conmigo.

CARITA.—Bueno, don Miguel; oiga usted lo que tengo que decirle. Pero en Dios y en mi alma que si digo alguna mentira me condene.

DON MIGUEL.—No te condenas, no; pierde cuidado.

CARITA.—Usted, por su buen natural, nos rogó en su casa á mi padrino, á su hijo Mario y á mí, y nos sentó en su mesa, y nos dió cama donde dormir, y nos trató como á los suyos...

DON MIGUEL.—Si es cierto, mujer: pero en valiente cosa reparas...

CARITA.—Sin duda pensaría usted de todos nosotros que éramos personas regulares, capaces de comprender y de estimar y de agradecer como es debido su generoso comportamiento, ¿verdad que sí? Pues desgraciadamente, ya está usted viendo el desengaño—echándome yo fuera, ¿eh? limpia de toda culpa como entré en esta casa.—Ya no caben disimulos ni componendas, señor don Miguel; ya no hay sino ver las cosas á su luz, por triste que esto sea. Mario y mi padrino se están conduciendo aquí como unos cocheros, según se dice vulgarmente, sin que yo sepa por qué razón, pues entre los cocheros los habrá con vergüenza y sin ella, como pasa en todas las clases de la sociedad... Y bastante tienen con ser cocheros para que... Pero, en fin, esto no es del caso. A lo que iba. Yo no

quiero partir con mi gente—de alguna manera he de llamarlos—la carga de sus malas acciones. ¡Bastantes vergüenzas he pasado por ellos! ¡Bastantes lágrimas me han costado ya! Yo soy otra cosa: yo soy aparte... Y si usted me lo permite, señor don Miguel, esta misma tarde me iré de su casa, bendiciendo á usted y á su hija; pero yo sola, sin ellos, con mucha tranquilidad en mi conciencia.

DON MIGUEL.—Vamos, muchacha, no digas disparates. ¡Jesús qué locuras! ¡A dónde vas tú á ir...?

CARITA.—Dios me abrirá camino: estoy segura de ello, porque no soy mala. Luego, á mí no me asusta ni pesa el trabajo: yo sé coser, yo sé guisar, yo sé lavar la ropa, que mire usted cómo la llevo siempre; (*Enseñándole las enaguas blancas.*) yo sé todo lo necesario para no morir de hambre. Y sin llegar al último extremo, de doncella en una casa rica creo que encontraría colocación. Porque mala fachita no tengo—puede que yo me haga ilusiones. El amor propio á veces engaña tanto... Para acompañar á las señoritas aquí y allá, á misa y á compras, me parece que bien serviría... Pero ¿se ríe usted?

DON MIGUEL.—¿No quieres que me ría, muchacha?

CARITA.—Pero ¿es de risa lo que estoy diciendo?

DON MIGUEL.—¡Y tanto! Yo, por lo menos, te aseguro que ya salto de gozo ante la idea de echar por tierra todos tus planes.

CARITA.—¿Sí?

DON MIGUEL.—Sí.

CARITA.—¿Pues cómo?

DON MIGUEL.—Porque tú no te vas de mi casa: los que se van son ellos.

CARITA (*Con infantil espontaneidad.*)—¡Quiá! No los conoce usted.

DON MIGUEL.—Es que si no se van yo sabré arrojarlos. Aunque tarde, me he convencido ya del error en que estaba... No sabes el sentimiento que me cuesta esta convicción. Hubiera dado yo lo que no tengo porque esa gente fuera gente honrada, Carita. Conque dime: ¿te quedarás de buena gana aquí con nosotros?

CARITA.—Don Miguel, no es posible... Y no porque yo no esté segura de portarme bien. El pan que ustedes me dieran procuraría recompensarlo con mi trabajito, y el cariño, que con nada se paga, sabría pagarlo en la misma moneda; pero marcharse ellos y quedarme yo, ¿no ve usted que es cosa imposible? Lo atribuirían todo á mis maquinaciones y artimañas, porque, como son malos, de noche y de día no tienen más que malos pensamientos; le armarían á usted la escandalosa; darían un espectáculo reclamándome violentamente...

DON MIGUEL.—Nada de todo eso me importa un ardite. Derecho sobre ti no pueden alegar ninguno: aquí no hay más leyes que tu voluntad y la mía. Sin contar con que en último resultado yo sabría taparles la boca. A los tunantes se les convence pronto... Y ahora vas tú hacerme un favor á mí.

CARITA.—Todo lo que usted guste.

DON MIGUEL.—Contestar á una pregunta nada

más. Ya ves qué poco. Pero no has de engañarme... ¿eh? Cuidado.

CARITA.—¿Engañar yo á usted? No cabe en mí semejante cosa.

DON MIGUEL.—Pues entonces, dime, si es que lo sabes: ¿quién es la Adela? (*Carita baja los ojos sin contestar.*) ¿No sabes tú quién es la Adela?

CARITA.—Sí, señor.

DON MIGUEL.—Pues dímelo.

CARITA.—La Adela... es una hermana de Mario y de Calixto...

DON MIGUEL.—Ya, ya...

CARITA.—Más bonita que un sol, y no tan mala como pudiera usted imaginarse... Lo que tiene que es así algo ligerilla de cascós... Eso por una parte... Luego... ¿sabe usted...? vinieron días de mucha necesidad... El padre... el padre...

DON MIGUEL.—Basta. No sigas. A ti te cuesta mucha violencia decirlo, y á mí me duele más escucharlo. Ya sé bastante. Déjame. (*Se levanta.*)

CARITA.—Por Dios, que no se enteren... (*Se levanta también.*)

DON MIGUEL.—Descuida.

CARITA.—A no ser porque me lo ha pedido usted, yo nunca hubiera dicho...

DON MIGUEL.—Tranquilízate; no estés pesadosa. Descubrir las bellaquerías siempre está bien hecho. Anda, déjame.

CARITA.—Bueno, señor... Me llevaré estas cosas... (*Mientras recoge parte del cubierto de don Moisés.*) A mí me parece que lo mejor es que yo me vaya, y así se ahorrará usted nuevos disgustos... Pero al fin y al cabo no haré más que lo que usted me mande. (*Yéndose al interior de la casa.*) ¡Qué malitas entrañas hay que tener para pagarle mal á este caballero!

DON MIGUEL.—Es una desgracia pensar que todo el mundo es como yo. ¡Qué desengaño este! (*Pausa.*) Hoy mismo, hoy mismo se concluye todo. Yo veré la manera de...

(*De la librería sale GLORIA.*)

GLORIA.—¡Ya viene!

DON MIGUEL (*Sin reparar en Gloria.*)—Son unos canallas, unos canallas.

GLORIA.—¿Quiénes, papá?

DON MIGUEL.—Esos... los Galeotes... (*Vase al interior de la casa.*)

GLORIA (*Atónita.*)—¿Los Galeotes? Pero ¿también mi padre piensa en ellos...? Es la primera vez que le oigo calificarlos de esa manera... Todas estas son artes del tío Jeremías, egoistón del demonio, que desde que llegaron está procurando que se vayan. ¿Le habrá metido en la cabeza á mi padre sus malas ideas...? ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Qué días llevo...! Dios me los tome en cuenta.

(*Viene MARIO de la calle. Al ver á Gloria se acerca á ella con pasión.*)

MARIO.—¡Gloria!

GLORIA.—¡Mario! ¡Cuánto has tardado!

MARIO.—¿Estamos solos?

GLORIA.—Solos... como siempre, pero inquietos, como siempre también. Esto es menester que concluya: nuestro cariño no es un crimen.

MARIO.—A nuestros ojos, no; pero á los de tu

padre, á los de tu familia, mi conducta pudiera parecerlo.

GLORIA.—¿Por qué?

MARIO.—Cien veces te lo he dicho, tonta. Porque en el alma de un enamorado nadie penetra; porque mi situación en tu casa no me autoriza... ¿Cómo entré yo aquí, Gloria de mi alma? Por caridad. ¿Cómo continúo? Por caridad también. Hasta que no me vaya y vuelva á entrar de otra manera, no debo dignamente... Compréndelo. Mi cariño, hoy por hoy, no tiene más disculpa que el tuyo.

GLORIA.—Es que mi padre se parece mucho á mí y sabría comprenderte.

MARIO.—No lo creas. Un viejo y una niña, aunque se parezcan como dos gotas, no pueden pensar lo mismo de un enamorado.

GLORIA.—Mi padre de todo piensa como yo.

MARIO.—De mí no pensaría...

GLORIA.—(Eso que le he oído, ¿á qué obedecerá?) (*Se estremece súbitamente como si algo temiera.*)

MARIO (*Alarmado.*)—¿Qué! ¿viene alguien?

GLORIA (*Lo mismo.*)—¿Viene alguien?

MARIO (*Cerciorándose de ello.*)—No.

GLORIA (*Lo mismo.*)—No. ¿Ves qué suplicio? ¿No es un tormento no poder decirles á todos: Mario me quiere, yo quiero á Mario?

MARIO.—Para mí, no. Ni para ti debe serlo tampoco. Con que nos lo digamos nosotros, basta. ¿Qué nos importa que los demás lo sepan? En este mismo misterio con que nos queremos, en esta misma soledad de nuestra alegría estriba su mayor encanto. Tu alma y mi alma se ven, se quieren, se hablan, se besan en silencio; no nos ve nadie, no lo sabe nadie; toda la dicda se queda entre los dos.

GLORIA.—Mario, ¿no me engañas?

MARIO.—¿Qué pregunta! ¿Has dudado de mí alguna vez. ¿Dudas ahora?

GLORIA.—No dudo, no: ya lo sabes. Te pido lo de siempre: lealtad.

MARIO.—Lealtad y nobleza y cariño hasta que se me acabe la vida. Créeme. Deja correr el tiempo: quizás muy pronto podamos pregonar nuestro cariño á la faz del mundo.

GLORIA.—¿Sí?

MARIO.—Sí.

GLORIA.—Es mi único deseo: acabe esta zozobra constante, esta inquietud de la conciencia... ¿Por qué temo yo? ¿por qué temes tú?

MARIO.—Porque ocultamos algo. Pero como lo que ocultamos es noble y el hecho de ocultarlo es más noble aún, nuestro temor es injustificado, pueril... de niños. Alégrate, vida: ten confianza en Mario, que te quiere con toda su alma. Ríete: que yo te vea reír y reíré también. Mi risa es el eco de la tuya. Tú no sabes las ilusiones que yo barajo en esta cabeza de chorlito. ¡Hasta de presidente del Consejo me he visto ya! Al fin te ríes...

GLORIA.—Me río, sí. (*Sugestionada por Mario, obedece ciegamente á sus palabras.*)

MARIO.—Mírame ahora. Dime que esos ojos no han de mirar á nadie como á mí me miran.

GLORIA.—Te lo digo.

MARIO.—Júrame también que esos labios no le dirán á otro lo que á mí me han dicho.

GLORIA.—Te lo juro.

MARIO (*Cogiéndole las manos.*)—Gloria... (Esta presa no se me va.)

GLORIA (*Abandonándose las.*)—Mario...

MARIO (*Separándose de ella violentamente.*)—Silencio.

GLORIA (*Sobresaltada.*)—¿Quién?

MARIO.—Tu padre.

(Sale DON MIGUEL del interior de la casa distraído, y al reparar en GLORIA y MARIO, los mira con sorpresa y recelo.)

DON MIGUEL.—(¿Eh? ¿qué es esto? ¡Juntos...! (*Como desechando un mal pensamiento.*) ¡Bah! ¡qué cosas pasan por la cabeza! Son el agua y el fuego...) Buenas tardes, Mario.

MARIO.—Don Miguel, buenas tardes.

DON MIGUEL.—No sabía que estaba usted aquí. Precisamente le esperaba... (*En tono cariñoso.*) Gloria, hija mía, ve y dile á don Moisés que tenga la bondad de venir acá.

MARIO (*Escamado.*)—(¡Hola, hola!)

GLORIA.—Voy. (¿Qué será ello, Dios mío?) (*Entrase en las habitaciones interiores.*)

MARIO.—¿Ocurre algo, don Miguel?

DON MIGUEL (*Con amargura.*)—Extraordinario, nada: la cosa más natural del mundo.

MARIO.—(Respiro.) ¿Y es ello...?

DON MIGUEL.—Ahora, cuando salga su padre...

MARIO.—(Malo. ¿Sabrá...? Por más que me lo diría á mi solamente.)

(Pausa.)

DON MIGUEL.—¿Se ha paseado mucho?

MARIO.—Pasear, ni mucho ni poco; andar, alguna cosa.

DON MIGUEL.—El día está bueno, ¿eh?

MARIO.—Sí, señor, sí; muy bueno.

DON MIGUEL.—Calor más bien que frío, ¿verdad?

MARIO.—Justo.

DON MIGUEL.—Yo he tenido que soltar la capa.

MARIO.—Aquí está ya mi padre.

(Sale, en efecto, DON MOISÉS.)

DON MOISÉS.—¿Qué hay, Miguel; qué sucede? Me ha alarmado tu hija: la he visto descompuesta, pálida...

DON MIGUEL.—No, hombre, no...

MARIO.—Papá, tú ves visiones.

DON MOISÉS.—Habrán sido mis ojos. Más vale así.

DON MIGUEL.—Sí, más vale. ¿Quieren ustedes que nos sentemos?

MARIO.—Sí, señor.

DON MOISÉS.—¡Tú mandas! (*A Mario.*) (Esto me huele á chamusquina, hijo.)

MARIO (*A don Moisés.*)—(Y á mi, papá.)

(Se sientan los tres: don Miguel á un lado de la camilla; Mario y don Moisés al otro.)

DON MIGUEL.—(¿Por dónde empiezo yo, Virgen santa?)

DON MOISÉS (*Sacando unas tijeras del bolsillo y cogiéndole un puño á don Miguel.*)—Perdona: en este puño tienes una hilachilla: dame acá...

DON MIGUEL.—Déjate ahora...

DON MOISÉS (*Cortándole la hilacha, quieras que no.*)—Pero ¿qué trabajo me cuesta, tonto? Chico, ¿sabes que estás temblando?

DON MIGUEL.—Un poquillo nervioso estoy hace días... No es cosa mayor... (*Pausa. Mario y don Moisés se miran alarmados. Don Miguel hace esfuerzos para tomarle la embocadura al asunto.*) Bueno, pues... los he reunido á ustedes... porque... A mí me cuesta una violencia indecible... un trabajo tremendo...

MARIO.—(¡Hum...!)

DON MOISÉS.—(¡Ciertos son los toros!) (*Con resolución y frescura.*) Chico, sea lo que sea lo que á decirnos fueres, agrio, dulce ó agridulce, á nosotros, viniendo de ti, parecerán miel sabrosa. ¡Ah! ¡cuántas veces me habló de esa tu timidez infantil aquella santa que desde el cielo nos está mirando!

DON MIGUEL.—Moisés: un favor antes de seguir adelante: no te acuerdes de mi mujer para nada.

MARIO.—Que no la nombre querrá usted decir: que no se acuerde de ella es muy difícil.

DON MIGUEL.—Eso: que no la nombre es lo que le pido.

DON MOISÉS.—(Me falló el resorte de ultratumba.)

DON MIGUEL.—Tenemos no poco de qué hablar. Cuando hace dos meses... ¿No hace dos meses que vinieron ustedes á mi casa?

MARIO.—¿Qué sé yo, don Miguel! ¿Quién cuenta las horas de la dicha?

DON MOISÉS.—A mí me han parecido dos días... Pregúntale al pájaro que vuela...

DON MIGUEL.—No, al pájaro no le pregunto nada. Te lo pregunto á ti, que es igual.

DON MOISÉS.—(Me ha llamado pájaro.)

DON MIGUEL.—Pero, bien; haga el tiempo que hiciera... El resultado es que yo, con hartito dolor de mi alma, Dios lo sabe, me veo en el duro caso de decirles á ustedes que esta situación no puede prolongarse más tiempo.

(Pausa. Los Galeotes se quedan cuajados.)

DON MOISÉS.—(No es lo mismo decir "Moros vienen", que verlos venir.)

MARIO (*Levantándose de repente.*)—Papá, vámonos.

DON MIGUEL.—No, Mario, no... si no es eso...

MARIO.—¡Si es eso, don Miguel!

DON MOISÉS.—Este chiquillo tiene una idea tan exagerada del honor...

DON MIGUEL.—(A mí no me parece tan exagerada.)

DON MOISÉS.—Siéntate, Mario, siéntate. Vamos á explicarnos; vamos á medir el pro y el contra...

MARIO (*Permaneciendo de pie.*)—Se conoce, señor don Miguel, que lee usted con frecuencia el Quijote.

DON MIGUEL.—Y eso, ¿á qué viene?

DON MOISÉS (*Adulando.*)—Lo mismo se me ocurre á mí: ¿á qué viene eso?

MARIO.—A que no ha podido decirnos en un castellano más claro que nos vayamos á la calle.

DON MIGUEL.—Ni lo he dicho así, ni soy capaz de decirlo, ni es usted quién para darme lecciones de cortesía.

MARIO.—Bien está. No he pretendido molestar á usted. Sé cuánto le debo y á lo que me obliga la gratitud. Mi padre y Carita podrán hacer lo que mejor estimen: yo, esta misma tarde me voy. Hasta después. (*Tomando su sombrero y marchándose por la puerta de la librería.*) (Me voy... pero me quedo en lo mejor de la casa, que es lo que no sabe este tonto.)

(*Don Miguel y don Moisés se levantan.*)

porque yo por Cervantes me dejo cortar las orejas, españolicé el apellido y convertí la i final en e. Y eso que un tío mío, repostero en Milán...

DON MIGUEL.—Pero ¿crees tú que es esta ocasión oportuna para hablar del linaje?

DON MOISÉS.—Dispensa, chico: ha sido una digresión... Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo.

DON MIGUEL.—No, no; si aquí no hay más acuerdo que el mío. Ciertas determinaciones las pienso mucho; tanto como dejo de pensar otras, ¿sabes? Y cuando tomo alguna de esas meditadas, es porque estoy seguro de que no puedo ó no debo



MOISÉS.—¡ A la cóchina calle á que me den moreilla !

DON MOISÉS. — ¡ Su abuelo ! ¡ Idéntico á su abuelo !

DON MIGUEL.—Pero, oiga usted, Mario...

DON MOISÉS.—Es inútil; no volverá la cara.

DON MIGUEL.—¡ Mario !

DON MOISÉS.—¡ Te digo que es su abuelo !

DON MIGUEL.—¿ Era sordo su abuelo ?

DON MOISÉS.—¡ Un verdadero caso de *estrabismo* ! Miralo: se fué. ¡ Galeote de pies á cabeza ! Galeotti, mejor dicho, porque nuestro apellido es italiano Galeotti, con dos tt. A principios del siglo pasado perdimos una t...

DON MIGUEL.—(Y á fines de éste la vergüenza.)

DON MOISÉS.—Y ya con una te nada más, yo, español sobre todo, ni más ni menos que tú mismo,

proceder más que así.

DON MOISÉS (*Con cara de vinagre.*)—Eso quiere decir que tiene razón Mario?

DON MIGUEL.—¿ Cómo ?

DON MOISÉS.—¿ Que nos echas de tu casa á escobazo limpio ?

DON MIGUEL.—¡ Moisés !

DON MOISÉS.—¡ Faraón, qué caray ! (*Viéndose perdido la echa por la tremenda.*) ¡ Hora es ya de que dé salida al surtidor de la fuente de mi indignación ! No me coge de nuevas lo que me has dicho ; ¡ lo esperaba ! ¡ Es mucha presión la que noto hace días ! ¡ Por todas partes caras tiesas ; en todas las conversaciones palabras duras ; se me espían los pasos ; se me mide el pan ; se me rasa el

vino; se me cuentan las croquetas porque me gustan!...

DON MIGUEL.—¡ Moisés, no seas bajo!

DON MOISÉS.—¡ Bien! ¡ muy bien! ¡ Los grandes hombres! ¡ Los hombres de ancho espíritu! ¡ Por tres indecentes días más que íbamos á estar en tu casa, la has querido pringar á última hora! (*Agrarrándose á la retórica á la desesperada.*) Y mi comportamiento aquí, y el interés que por tu hogar *heme* tomado, y mis afanes por ganar dinero, y el cariño derramado como blando rocío sobre todos vosotros, nada significan, nada valen, nada pesan... ¡ Viento que pasa por las cumbres sin dejar rastro! He dicho antes que lo esperaba y he dicho mal: te confieso que no esperaba esta ingratitud.

DON MIGUEL.—Moisés, me estás haciendo temblar de ira. Agradece á Dios que tengo en cuenta quién eres y quién soy y lo que me debo á mí mismo, que sí no... Pero bien está todo, con tal que acabemos.

DON MOISÉS (*Abandonando definitivamente el estilo florido como cosa inútil.*)—¡ Sí, hombre, sí, acabemos! ¡ Me das una patada en la barriga y me echas á la calle! ¡ Qué bonito! ¡ Qué caballeroso!

DON MIGUEL.—¡ Moisés!

DON MOISÉS.—¡ Sí, hijo, sí; me echas á la calle! ¡ La cosa no tiene otro nombre! ¡ Me echas á la calle!

DON MIGUEL.—¡ Bueno, sí; basta ya: te echo á la calle! ¡ ea!

DON MOISÉS.—¡ Así, así, sin eufemismos! ¡ Con todas sus letras asquerosas! ¡ A la cochina calle, á que me den morcilla!

DON MIGUEL.—¡ A que no estés más tiempo en mi casa!

DON MOISÉS.—¡ Descuida, hombre: no me lo repitas otra vez! ¡ Ya me voy! ¡ No te queda más que escupirme á la cara! ¡ Escúpeme, si se te an-

toja! ¡ Anda, hombre! ¡ Y si quieres me tiraré en el suelo, para que me pises también! ¡ Y que tu niña me registre el baúl, como á las cocineras!

DON MIGUEL.—¿ Quieres irte?

DON MOISÉS.—¡ Sí, hijo, sí! ¡ Ya lo creo que me voy! ¡ Vaya si me voy! ¡ Y cuenta que sacudiré las botas al salir, como Santa Teresa en la Co-ruña! (*Entrase hecho una fiera por la puerta que conduce al interior.*)

DON MIGUEL.—¡ Jesús, Jesús, Dios mío! Me ha obligado á igualarme con él ese canalla...

(*De la tienda sale JEREMÍAS, y CARITA y GLORIA del interior.*)

JEREMÍAS.—¿ Te han pegado ya?

GLORIA.—Papá, por Dios, qué escándalo... Don Moisés va ciego... me ha dado un empujón...

CARITA.—Y á mí un par de guantadas...

GLORIA.—¿ Qué sucede?

DON MIGUEL.—No sucede más sino que acabo de plantar en la calle al padre y al hijo.

GLORIA (*Sin poder reprimirse.*)—¿ A Mario también?

DON MIGUEL.—¡ A los dos! ¡ Miserables! ¡ villanos! ¡ Y mientras el cuerpo me haga sombra no volverán á pisar el suelo de esta casa, donde no ha habido para ellos más que cariño y compasión!... (*Acercándose á Gloria, que se ha dejado caer llorando en una silla.*) Gloria, hija mía, ¿ qué te pasa?

CARITA.—¿ Qué te pasa, Gloria?

DON MIGUEL.—¿ Qué es eso, hija?

CARITA.—¿ Qué tienes?

DON MIGUEL.—¿ Por qué lloras?

JEREMÍAS (*Cantando.*)

Con el capotín, tén, tén, tén...

DON MIGUEL (*Con profunda pena y energía.*)—
¡ Calla: no aciertes esta vez!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con loro y todo. Es de noche. Luces en el escaparate y en la tienda.

PEDRITO *se pasea lleno de impaciencia recitando maquinalmente versos de "Don Alvaro."* GLORIA, *nerviosa é inquieta, manifiesta impaciencia asimismo, y de vez en cuando mira por el escaparate y por la puerta hacia la calle.*)

PEDRITO.—*Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...*

GLORIA.—Pero no seas tonto, Pedrito, ¿por qué no te vas?

PEDRITO.—¿Yo qué he de irme antes que vuelva don Miguel?

GLORIA.—Te advierto que mi padre ha de tardar mucho.

PEDRITO.—Pues me va á reventar, vive Cristo.

*Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...*

Luego, como á don Jeremías le ha dado también la ventolera por largarse...

GLORIA.—(Ésa es mi fortuna.)

PEDRITO.—*Para Curra el overo...*

La culpa de todo me la tengo yo por no haberle advertido á tu padre que esta noche hacíamos el *Don Alvaro* en casa de doña Guadalupe.

GLORIA.—Pues por eso te digo que te vayas, inocente.

PEDRITO.—No, no, no, no...

GLORIA.—Si yo me quedo al cuidado de la tienda...

PEDRITO.—No, no, no...

GLORIA.—(¡Qué suplicio!)

(*Aparece MARIO en la calle por detrás del escaparate, y Gloria, sin que Pedrito la vea, le hace señas de que se vaya y aguarde un poco. Mario obedece.*)

PEDRITO.—*Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...*

¡Y que no tengo nada que hacer; es broma! Tengo que ir á mi casa por alguna ropa; tengo que ir á casa de Roquete; tengo...

GLORIA.—¿Tienes más que tomar la puerta?

PEDRITO.—Todavía puedo esperar un ratillo.

GLORIA.—(¡No se irá!)

PEDRITO.—Por supuesto, esta noche me juego yo la reputación.

GLORIA.—Pero ¿tú tienes reputación?

PEDRITO.—La tenga ó no la tenga me la juego esta noche. Imaginate que el mes pasado presentaron allí á uno de Cabra con muchas pretensiones, que me está minando el terreno y quiere quitarme los primeros papeles... Pero se la lía al dedo. ¿Tú no me has visto á mí el *Don Alvaro*?

GLORIA.—Si; lo haces muy bien. Vete aprisa á aplastar al de Cabra.

PEDRITO.—¡Qué versos tan hermosos tiene!

*...La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero.
¡Oh, loco estoy...!*

GLORIA.—Si, sí que estás loco de remate.

PEDRITO.—Ya verá, ya verá el de Cabra lo que es canela fina.



MARIO

GLORIA.—(Nada, no me deja: no hablaré con él... Va á ser inútil cuanto he hecho.)

PEDRITO.—Los aficionados, unos imitan á Calvo y otros á Vico. Yo, no. Mejor ó peor, yo tengo escuela propia. Mira, Vico, las noches de buena entrada decía esto así:

*¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis mi mente!...*

Calvo era otra cosa: Calvo lo decía de esta manera:

*¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cuál atormentáis mi mente!...*

Pues mira cómo lo digo yo: verás qué diferencia:

*Sevilla... Guadalquivir...
Cuál atormentáis mi mente...*

Así, con naturalidad absoluta: sin darle importancia ni al Guadalquivir ni á Sevilla, ¿comprendes tú?

GLORIA.—(¡ Jesús, qué desesperación!)

PEDRITO (*Mirando su reloj desasosegado.*)—Y tu padre sin venir todavía... Como este otro detalle, que siempre me vale una ovación. Llega don Alfonso á la celda en que está don Alvaro, decidido á comérselo, y le pregunta con mucha fiereza: “¿Me conocéis?” Y don Alvaro le responde: “No, señor.” Bueno, pues este “No, señor” lo digo yo divinamente. “¿Me conocéis?” “No, señor.” Así, encogiéndome de hombros. Es como si le dijera: ¿sabe usted que no caigo en este momento? Naturalidad, hombre. La escuela moderna.

GLORIA.—Te estás entusiasmando mucho y vas á llegar tarde. Y luego me echarás á mí la culpa.

PEDRITO (*Volviendo á mirar el reloj.*)—A la media me voy.

GLORIA.—(Me consumo de impaciencia, Dios mío.)

PEDRITO.—Pero mi escena, mi *clou*, está en la jaca torda. Cuando don Alvaro se quiere llevar á doña Leonor.

GLORIA (*Muy turbada.*)—¿Qué dices?

PEDRITO.—Sí, mujer; ¿no te acuerdas? En el primer acto. Ella duda, vacila, está temerosa, sobresaltada... Y él entra resuelto, con el ímpetu del amor...

Angel consolador del alma mía...

¿Qué tienes?

GLORIA.—Nada... no tengo nada... (Se me figura que todo el mundo lee en mi frente.)

PEDRITO.—*¡Van ya los santos cielos
á dar corona eterna á mis desvelos!*

Y le dice la mar de finezas para infundirle ánimos. Doña Leonor, la pobre, aunque está enamorada de él, no se decide, se acuerda de su padre...

GLORIA.—Se acuerda de su padre, es verdad...

PEDRITO.—¿Qué escena más hermosa! Hasta que al fin y al postre llega el Marqués con la espada desnuda...

¡Vil seductor! ¡hija infame!

GLORIA.—¿Quieres dejarme en paz, Pedrito?

PEDRITO.—Y hay que oírme entonces á mí; bue-

no, á don Alvaro: (*Como quien se bebe un vaso de agua.*) *Vuestra hija es inocente... más pura que el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo: La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas, concluya con mi muerte...*

GLORIA.—Pedrito, por Dios que no tengo los nervios para dramas...

PEDRITO.—Sí que te veo alteradilla esta noche. (A esta chica le pasa algo. Ese pícaro de Mario la ha vuelto del revés.)

GLORIA.—Tú me has puesto así con tus versos y tus impacencias. Echa á correr ya, y el diablo que te lleve.

PEDRITO.—No voy á tener más remedio para no caer en falta.

GLORIA.—Vete, vete; sí.

PEDRITO.—Dile á don Miguel lo que hay.

GLORIA.—Sí, hombre, sí; por mi padre no temas.

PEDRITO.—Pues adiós: hasta mañana, si Dios quiere.

GLORIA.—Adiós.

PEDRITO (*Poniéndose sombrero y capa y yéndose se escapado.*)

*Al primer grande español
no le cedo en jerarquía;
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.*

GLORIA.—¡ Ya quiso Dios! Al fin me dejan sola y podré hablarle... Le haré señas para que entre. Por fortuna, Carita, que es la única persona que queda en la casa se ha echado un ratillo. (*Va hacia la puerta: se detiene de improviso asorada mirando aquí y allá: procura tranquilizarse, y al ir de nuevo á avisarle á Mario sale CARITA de la trastienda.*) ¿Eh? creí que venían... ¡Dios mío, qué trabajo me cuesta!

CARITA.—Gloria, ¿qué haces?

GLORIA.—¡ Carita!

CARITA.—¿ Te has asustado, mujer?

GLORIA.—Como pensé que estabas en tu cuarto... y me he quedado sola...

CARITA.—¿ Se fué Pedrito?

GLORIA.—Se fué... Lo vi tan impaciente que me dió lástima retenerlo... ¿ Y tú, te has aliviado del dolor de cabeza?

CARITA.—Sí; ya estoy bien. (*Sentándose.*) Te haré compañía.

GLORIA.—Como quieras. (¿ Será Dios quien me pone tantos obstáculos?)

CARITA.—¿ No te sientas?

GLORIA.—No. Los nervios no me lo permiten esta noche...

CARITA.—¿ A ti tampoco? Pues júntate conmigo y vaya un par. Llevo unos días crueles. Ahora mismo me quedé traspuesta un instante y soñé que mi padrino era uno de esos tíos de las alcantarillas. Se acercó á mí con un farol y unas botas muy grandes que armaban ruido de cadenas, como en los cuentos, y me dijo, dice: “Mira á lo que me veo reducido por habernos abandonado tú.” Y lo bueno es que yo me eché á reír como una tonta y le contesté: “Padrino, usted y sus hijitos en la alcantarilla tenían que parar.”

GLORIA.—Los disparates de los sueños. (Estoy volada.)

(MARIO se asoma á los cristales del escaparate, mira hacia dentro, y al ver allí á Carita se retira contrariado.)

CARITA.—Como que no se me cae de la imaginación esa gente.

GLORIA.—Hoy hace quince días que se fueron.

CARITA.—Parece que sin ellos me falta algo.

GLORIA.—(Y á mí también.)

CARITA.—Y cuenta que no será por los buenos ratos que he pasado á la verita suya. Yo nunca te he hablado de estas cosas, porque ni siquiera de ellos me gusta hablar mal; pero, hija, me trataban lo mismo que á un perro. Bueno, lo mismo que á una perra. "Carita aquí". "Carita allá". "¡Carita, empeña esto!" "¡Carita, saca lo otro!" "¡Carita, busca dinero!" "¡Carita, á ver cómo almorzamos!" "Carita ¡pum! ahí te va ese confite": una bofetada. Porque bofetada que se perdía y palo que no encontraba colocación, ya lo sabían mi cara y mis costillas: ¡á ellas iban derechos! Y yo, nada; resignarme y callar... Más tonta he sido...

GLORIA.—Exageras mucho, Carita. Si eso fuera así, ¿cómo ibas á echarlos de menos?

CARITA.—Muy sencillo, mujer... ¿Tú te has sacado alguna muela?

GLORIA.—Sí...

CARITA.—Pues así los echo yo de menos. Igual, igual. Noto vacío el sitio donde estaba una cosa que me ha hecho rabiarse los imposibles. No puedes tener idea de dos raigones como el padre y el hijo. Hablo de Mario y don Moisés, que los otros son peores todavía. Don Moisés es un bellaco de lo más gordo que Dios se ha entretenido en criar, si es que Dios se entretiene en criar bellacos, que me parece muy bajo entretenimiento para Dios, y él me perdona si digo alguna herejía, aunque estoy en que no; pero, en fin, yo se lo consultaré al cura el domingo... Bueno, pues don Moisés, como te digo, es un bellaco, y Mario media docena de bellacos metidos en un solo cuerpo.

GLORIA (Con espontáneo arranque).—¡Mientes, Carita!

CARITA (Levantándose asombrada).—¿Qué?

GLORIA.—¡Mientes! ¡No conoces á Mario!

CARITA.—¿Que no conozco á Mario, infeliz? ¿Y tú sí le conoces?... Gloria, ahora veo claro lo que tanto temía. Te ha trastornado el seso ese bribón...

GLORIA (Con honda pena).—¡Cállate, Carita!

CARITA.—¡No quiero! Para algo estoy aquí.

GLORIA (Angustiada).—Cállate, por Dios... Pero no, no te calles... Habla, di lo que sepas... ¡Yo no puedo más con este secreto que me pesa como una montaña sobre el corazón! Tú eres buena, tú eres honrada, tú no me engañarás... Dime, dime cosas de Mario. No me dejes sola, no me abandones... Te confieso que estoy enamorada de él... no me dejes sola... que irá adonde él quiera llevarme... no te vayas tú... que no tengo más voluntad que la suya... no te apartes de mí.

CARITA.—Descuida: aquí me tienes. Serénate un poco. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!

GLORIA.—Estoy aterrada, estoy loca...

CARITA.—Tranquilízate y ven acá. (Se sientan.) ¿Tú has vuelto á hablar con Mario?

GLORIA.—A hablarle... no... á verlo... sí.

CARITA.—¿Te escribe?

GLORIA.—Casi todos los días...

CARITA (Atando cabos).—Ya decía yo... Espérate: ¿á que te trae las cartas el verdulero?

GLORIA.—El mismo.

CARITA.—La que á mí se me vaya por alto... Si lo vi yo un día... ¿Habrás tío sinvergüenza? Mañana se va á comer toda la verdura. Pedrito fué quien me puso sobre la pista... Observó que Mario pasaba con frecuencia por la calle, y el pobre se alarmó temiendo alguna fechoría. Como también ha sido víctima de ellos... Creo que le han sacado diez duros, un par de botas y una petaca de piel de Rusia.

GLORIA.—Bueno, di...

CARITA.—Di tú primero. ¿Qué intenta él? ¿Cuáles son sus propósitos? Tú, ¿qué le dices?

GLORIA.—El... todo se vuelve querer sacarme de mi casa.

CARITA.—¡Bandido!

GLORIA.—No; si yo no quiero...

CARITA.—Pero él te lo propone.

GLORIA.—Sus cartas me parten el alma...

CARITA.—No lo creas.

GLORIA.—Son tan sinceras, tan nobles, tan llenas de amor...

CARITA.—No lo creas.

GLORIA.—Si lo creo, sí. El será muy malo contigo, con todos; pero conmigo es bueno... me quiere mucho... mucho...

CARITA.—Lo primero que hace falta para querer es el corazón, y Mario no lo tiene. Gloria, abre los ojos: Mario es un miserable, un egoísta sin entrañas...

GLORIA (Con dolor profundo: resistiéndose á creer á Carita: levantándose.) ¡No!

CARITA.—¡Sí! Perdona que te-desgarre el alma. No eres tú la primera mujer á quien pretende embaucar y hacer suya.

GLORIA.—¿Qué?

CARITA.—Lo que oyes. Con la mayor frescura se echa novias y novias en cuanto huele una buena presa.

GLORIA.—¡Ah! (Déjase caer sollozando en la silla.)

CARITA.—Es un desalmado. Recuerdo que una vez que tenía ropa negra le hizo el amor á una marquesita muy linda; la marquesita se prendó de él—porque, eso sí, Dios le ha dado figura y labia y muchísima suerte, ¡parece mentira!—y otra vez vuelvo á meterme con Dios y esto va á acabar mal si Dios no tiene en cuenta mis intenciones... Ya he perdido el hilo: ¿en qué estaba yo? Ah, sí. Te contaba que la marquesita se prendó de él, que el señor marqués se enteró de quién era Mario, y que cuando menos lo esperaba se encontró con un pie de paliza de lacayos y cocineros, que me río yo. Es decir, no me río, porque á mí el mal de nadie me hace reír. Però merecido, ¡vaya si lo tenía! Pues él, como si no: en cuanto se le quitó el dolor de los cardenales, tan fresco.

GLORIA.—Me aterra el oírte, Carita.

CARITA.—¿Te aterra? No sabes... Si esa aventura no vale nada... Como que es de las pocas en



PEDRITO.—Vuestra hija es inocente...
más pura que el aliento de los ángeles...

que él ha salido con las manos en la cabeza. Yo quisiera ahora, para desengañarte de una vez, poder contarte en un momento todo lo que sé, todo lo que he visto, la historia negra de ese hombre. A mí no se me olvida un día en que llamó á la puerta de casa preguntando por él una muchacha con un niño en los brazos, y Mario salió y la tiró á empujones por las escaleras.

GLORIA.—¡Oh! (*Horrorizada, se cubre el rostro con las manos.*)

CARITA.—De eso es capaz el hombre que dice que te quiere. No tiene conciencia. Si la tuviera, no podría con el peso de los remordimientos; yo te lo fio. Pero como la conciencia anda por las nubes, y él no se levanta un palmó del fango de la calle, ahí lo ves, intentando una nueva hazaña. Y mira á quién eligió como señora de sus ruines pensamientos: á la hija de quien le dió salud, sosiego, cariño y un pedazo de pan para que no se muriera de hambre.

GLORIA.—¡Jesús! Me hablas de una manera que á medida que te oigo, siento que se me llena el alma de una sombra muy triste... y

aunque parezca absurdo, de una luz que si no es alegre es muy clara... Voy viendo dentro de mí cosas que nunca he visto; y es que el espanto me abre los ojos y veo... veo... ¡Qué horror...! ¡Júrame que no me mientes, Carita!

CARITA.—Gloria, ¿me supones capaz...?

GLORIA.—No. Pero júramelo.

CARITA (*Después de besar la cruz.*)—Ya está jurado.

GLORIA.—¿Por quién?

CARITA.—Por mi madre, á quien no conocí.

GLORIA.—Verás entonces... (*Corre hacia la puerta.*)

CARITA (*Corriendo tras ella.*)—¿Adónde vas?

GLORIA.—A llamarlo.

CARITA.—Pero ¿está ahí?

GLORIA.—Ahí está.

CARITA.—¿Mario?

GLORIA.—Mario. Me espera para hablar conmi-

go, para convencerme... (Con invencible pena.)
¡Ay!... Por eso he procurado quedarme sola...

CARITA.—Felizmente estoy yo al lado tuyo. Llámalo.

GLORIA.—Sí. (Se asoma violentamente á la puerta y hace señas á Mario.)

CARITA.—Y ahora, vete.

GLORIA.—No.

CARITA.—Vete: no lo has de ver.

GLORIA.—¿Cómo?

CARITA.—No quiero: no lo merece. Por mi madre te he jurado que no te engaño. Por la tuya te pido que me dejes con él.

GLORIA.—¡Carita!

CARITA.—¡Por tu madre, Gloria!

GLORIA.—Quiero verlo de cerca, hablarle, leer en sus ojos...

CARITA.—Leerás lo que tú quieras, no lo que digan.

GLORIA.—Ya no.

CARITA.—¡Lo mismo! Entra ahí. (Empujándola hacia la puerta de la trastienda, junto á la cual están.) Vete lejos.

GLORIA.—¡Carita, por la Virgen!

CARITA.—Conseguirás que entere de todo á tu padre.

GLORIA.—¡Eso no!

CARITA.—Pues vete.

GLORIA.—Ya me voy. (Llorando.) ¡Parece que me he quedado sin alma!

CARITA.—La tiene él; pero yo la arrancaré de sus manos. Ahí viene: huye.

(Vase GLORIA corriendo, como horrorizada, pero mirando hacia la puerta de la calle, por donde llega MARIO.)

MARIO (Con vehemencia.)—¡Gloria!

CARITA (Volviéndose hacia él.) No es Gloria: es Carita.

MARIO.—¿Qué? Pues ¿no fué Gloria quien me llamó?

CARITA.—Justamente; pero la que va á hablarte es Carita.

MARIO.—¡Siempre tú! Yo no tengo nada que ver contigo. Adiós. Me voy.

CARITA.—No te vas.

MARIO.—¿Cómo?

CARITA.—Que no te vas.

MARIO.—¿Quién eres tú para impedírmelo?

CARITA.—Escucha: Gloria te quería.

MARIO.—¡Y me quiere!

CARITA.—Te equivocas: ya no.

MARIO.—¿Que no? (Avanzando hacia ella.) Pues ¿qué le has dicho?

CARITA.—¿Ves como no te vas?

MARIO.—¿Qué le has dicho, Carita?

CARITA.—Poca cosa: nada: una pequeña parte de lo que eres.

MARIO (Lleno de ira.) Si no me pareciera una cobardía, te cruzaba la cara.

CARITA.—Hazlo, tonto; no será la primera vez.

MARIO.—Merecías que lo hiciera. ¡Así pagas la hospitalidad que te hemos dado en mi casa tantos años!

CARITA.—Mucho mejor que pagas tú la que te han dado aquí.

MARIO.—(Me conviene ir por las buenas.) Pero

vamos á ver: ¿es acaso un crimen enamorarse? ¿Qué mal hay en ello? ¿Quién ve á Gloria y no la quiere con locura? ¡Pues mi delito no es otro que haberla visto! Porque la vi la quiero.

CARITA.—Eso del querer es muy complicado. Quererla... ¡ya lo creo que la querrás!... Pero no la quieres.

MARIO.—¿Qué sabes tú? A todos nos llega nuestra hora. Créeme, Carita: los hombres vamos dando tumbos por el mundo adelante, desorientados,



GLORIA.—¡Qué horror! Júrame que no me mientes, Carita.

ciegos, caminando entre sombras, hasta que la luz de unos ojos nos detiene, nos encanta y nos sirve de guía... Siguiendo el rastro divino de los de Gloria he de ir yo donde ellos quieran llevarme... ¡Ay de aquel que me estorbe el paso!

CARITA.—Yo; tan indefensa y todo: yo. Y no me asusto de arranques de guardarropiá.

MARIO.—Criatura... no hagas eso. No lo hagas, por lo que más quieras en el mundo. No es amenaza, es súplica. Mira que el amor de Gloria me ha vuelto otro. Yo no sé qué resplandor celeste ha metido dentro de mí, ni cómo explicar este cambio mío... Ello es que si tengo una mala idea, una mano suave y delicada viene y me la quita de la frente; y si en mi pecho arde una pasión indigna, la misma mano con sus caricias acude á apagarla...

CARITA.—Pues trabajo le mando á la mano.

MARIO.—¡Carita, no te burles de lo que te digo!

CARITA.—Cállate ya, hipócrita, declamador, farsante...

MARIO.—¡Carita!...

CARITA.—Carita es una hormiga, pero no se asusta de ti por más que te las echas de león. Con Carita no te valen ni recursos de drama ni párrafos floridos; Carita se ha quedado en esta casa porque temía algo de esto; Carita quiere, ya que no borrar la huella de vuestra conducta, servir de barrera para que no paséis adelante... Así vuestro recuerdo no será tan amargo. Eso me tenéis que agradecer todavía.

MARIO.—¿Sí, eh? (Con mucho énfasis.) ¡Lo que por lo visto quiere Carita es que yo pierda la cabeza y haga aquí un escarmiento terrible!

EL LORO.—No te tires, Reverte.

MARIO (*Sin darse cuenta de lo que ha oído.*)—
¿Qué?

CARITA (*Conteniendo la risa.*)—Es el loro.

MARIO.—¡Pues á ver si empiezo por el loro!

EL LORO.—No te tires, Reverte.

MARIO.—(¡Se me ha venido el ridículo encima de golpe y porrazo!) ¡Carita, llama á Gloria!

CARITA.—No quiero.

MARIO.—¿Que no quieres? La llamaré yo. (*Gritando.*) ¡Gloria!

CARITA.—Es en balde, Mario: no vendrá.

MARIO.—Lo veremos. (*Va hacia la trastienda llamando.*) ¡Gloria! ¡Gloria!

CARITA.—Ahí tienes á su padre.

MARIO (*Azorado.*)—¿Eh?

CARITA.—El Señor nos valga.

(*Llega DON MIGUEL de la calle.*)

DON MIGUEL.—¿Qué es esto, Mario? ¿qué hace usted aquí?

MARIO.—Don Miguel...

DON MIGUEL.—¿Qué hace usted en mi casa le pregunto. Cuando salió de ella le rogué á usted que no volviese. ¿Por qué ha vuelto?

CARITA.—Don Miguel...

DON MIGUEL.—Calla tú.

CARITA.—Permítame usted que tome la palabra. Ha venido por mí.

MARIO.—(Me ha salvado.)—Justo... por ella...

DON MIGUEL.—¿Por ti, Carita? (Yo sabré la verdad.)

CARITA.—Lo manda su padre... Dicen que no se acostumbran á mi falta...

DON MIGUEL.—¿Y tú qué has respondido?

CARITA.—Que no me voy: que también hago falta aquí.

DON MIGUEL.—Ya lo oye usted. Yo no la violento: hace su voluntad.

CARITA.—Ni más ni menos. Y será inútil que te empeñes, Mario. Cuantas veces vuelvas á lo mismo, te marcharás solo. ¿Te enteras bien? ¡Solo!

DON MIGUEL.—Por eso lo mejor será que no vuelva. Carita se ha acostumbrado á nosotros, y nosotros á ella. Vivimos felices; nos estorba la gente, ¿entiende usted? (*Deja la capa y el sombrero que trae puestos y se pone la gorra.*)

MARIO.—Entiendo, sí, señor, entiendo. No es la primera vez que le digo á usted que tiene unas despachaderas que dan gozo.

DON MIGUEL.—Pues á ver si es la última. (*Se sienta al brasero.*)

MARIO.—Lo será. (¡Lo he perdido todo! Procuraré caer gallardamente.) Carita... hermana mía... adiós. Juntos hemos crecido... juntos hemos reído... juntos... juntos... (No, no me sale el párrafo: es inútil.) ¿Para qué decirte lo que no has de entender? Adiós. Señor don Miguel, beso á usted la mano.

DON MIGUEL.—Abur, amigo.

MARIO (*Yéndose.*) (¡Con lo menos que se contenta mi padre es con volar la casa!) (*En la puerta tropieza con JEREMÍAS que llega, y le pisa un pie.*)

JEREMÍAS.—¡Ah!... (*Viendo que Mario no se disculpa.*) Se dice "Usted dispense".

MARIO (*Parándose un momento.*) Eso es cuando se pisa á una persona.

JEREMÍAS.—Ese pajarraco no ha venido aquí á nada bueno.

DON MIGUEL.—Te diré.

JEREMÍAS.—Ese pajarraco...

DON MIGUEL.—Aguarda, hombre.

JEREMÍAS.—No ha venido aquí á nada bueno.

DON MIGUEL.—Como que ha venido por Carita.

JEREMÍAS.—¿Por Carita?

CARITA.—Sí, señor; por mí... por mí...

JEREMÍAS.—Miguel, mucho me escamo. ¡Ojo al Cristo, que asan carne! Soy contigo en seguida. (*Vase al interior de la casa.*)

CARITA.—¡Qué mal pensado es!

DON MIGUEL.—Por eso acierta casi siempre. ¡Ojalá fuera yo lo mismo! ¿Y Gloria?

CARITA.—Allá dentro está: ¿quiere usted verla?

DON MIGUEL (*Levantándose.*)—Espere un poco. Antes vas á darme una prueba de tu lealtad. ¿A qué ha venido Mario?

CARITA.—Ya se lo he dicho á usted, don Miguel.

DON MIGUEL.—¿Te obstinas en eso?

CARITA.—¿Y qué quiere usted que le haga?

DON MIGUEL.—Por Dios, Carita de mi vida, no me engañes tú; mira que si tú me engañas también voy á morirme de tristeza. ¿Ha venido Mario á ver á mi hija?

CARITA (*Con timidez.*)—Sí, señor... ha venido á verla...

DON MIGUEL.—¡Ah!

CARITA.—Pero no la ha visto... Lo he impedido yo...

DON MIGUEL (*Con ansiedad.*)—¿Y ella estaba de acuerdo?... ¿Tú sabes?...

CARITA.—Todo. Todo me lo ha confesado la pobrecilla... hecha un mar de lágrimas.

DON MIGUEL.—A ver... habla, cuéntame...

CARITA.—Es más buena que el pan. Da lástima oírla. Ese bribón de Mario la ha traído engañada... la ha vuelto loca... Pero yo le he quitado ya la venda de los ojos. No tema usted. Si no se lo declararé al principio, fué porque quise evitarle este nuevo dolor; pero como usted me lo ha rogado... No tema usted, no tema usted, vuelvo á decirle. Gloria sabe ya lo que es Mario, y basta. A Mario se le podrá querer viéndolo por fuera; pero cuando se conoce lo que lleva por dentro, ni el mismo amor halla disculpa á tanta ruindad... Ahora sólo nos queda un trabajo; consolar á Gloria y procurar que olvide pronto... ¡Pobrecita!

DON MIGUEL.—¡Pobrecita, sí! ¡Qué bien hice, criatura, al dejarte aquí con nosotros! Algún alivio había de hallar á mi desengaño. ¿Hasta dónde iba á llegar la maldad de esa gente, Dios mío? ¡Qué sé yo! ¡Sólo el imaginarlo me asusta!... No bastaba el burlarse de mí, el insultarme, el enlodar mi casa, el no agradecer el bien recibido... ¡Faltaban las pedradas!

CARITA.—¡Maldita sea la hora en que entramos todos aquí!

DON MIGUEL.—Eso no: bien hecho está lo hecho. (*Se sienta en su sillón.*) Si al resultado vamos, dime tú á mí quién lleva la peor parte: nosotros los perdemos á ellos y ellos á nosotros. Ya ves qué

diferencia. Pero esto no quita que duela, que lastime...

Sale JEREMÍAS por donde se fué.

JEREMÍAS.—¿Qué te ocurre, Miguel? Estás mustio, abatido... Déjate de sensiblerías y abre el ojo.

DON MIGUEL.—¡Ay, Jeremías de mis culpas!... Dichoso tú, que vives independiente y feliz, y no tienes más amigo que tu loro, y oyes llorar y te haces la ilusión de que llueve, y ves á quien padece hambre y te quitas las gafas... Préstame tu corazón y tus ideas para andar por el mundo, que yo cogeré las mías y el mío, y los colgaré en la pared de mi alcoba, junto á aquella espada vieja que tengo allí y que maldito de Dios para lo que me sirve...

CARITA.—(¡ Pobre señor !)

DON MIGUEL (*Levantándose.*)—Voy á ver á mi hija.

CARITA.—¿Para qué don Miguel? ¿No vale más que lo deje usted para mañana?

JEREMÍAS.—¿Dónde está Gloria?

CARITA.—En su cuarto; pero está llorando la pobrecilla...

JEREMÍAS.—¿Llorando?

DON MIGUEL.—Por lo mismo quiero verla yo.

CARITA.—Déjela usted que se serene, que pase el mal rato, y entonces...

(*Viene CATALINA de la calle, descompuesta, jadeante escandalizada. Apenas puede hablar. Se sienta en una silla, llamando la atención de todos con sus aspavientos.*)

CATALINA.—¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡ay, Dios mío de mi arma! ¡ay, Virgen del Amparo!

DON MIGUEL.—¿Qué es eso, mujer?

CARITA.—¿Qué sucede?

CATALINA.—¡Ay qué zofocación! ¡ay, qué injusto! ¡ay, qué bochorno!

DON MIGUEL.—¡Que nos tienes con el alma en un hilo!

CATALINA.—¡Ay, qué gente más mala! ¡ay, qué gente más pícara! ¡ay, qué gente más zinverguenza!

JEREMÍAS.—¡Hola!

CATALINA.—¡Ay, qué arrastraos! ¡ay, qué pajoleros! ¡ay, qué retunantes!

DON MIGUEL.—Pero ¿quiénes, por Dios?...

CARITA.—Hable usted.

CATALINA.—Eza gentuza... ezos tíos... ezos Galeotes...

DON MIGUEL.—¡Acabáramos! ¿Has visto al hijo?...

CATALINA.—No, zeñó... He visto ar padre... ¡mala puñalá le den!... ¡mar tiro le peguen!... ¡ze vea más mardecío que la lista grande!

DON MIGUEL.—Basta de maldiciones ya: ¿qué ha pasado?

CATALINA.—Déjeme usted que me dezahogue, zeñó... ¿Habrás tío charrán? ¡Armanaque lo jagan, pa que tos los días le arranquen argo! ¡Jozú, Jozú, Jozú!... (*Se levanta.*) Me lo encontré en la esquina e la cayejuela, á la verita e un coche, cazi enfrente á la caza e Pedrito... y me fuí pa é como una loba á zacarle los ojos...—¿ustés no zaben que me dejó á debé cuatro pezetas?—Lo mismo fué verme vení que me zaluó mu reverenciozo... Y zarto yo y le digo: "Más valía que en vé de tomá

coche pagara usted las trampas." Y zarta é y me dice: "¿Y usted pa qué quíe er dinero, con loz años que tiene encima?" Y zarto yo y le digo: "Ezo no es cuenta de usted, zo pendón." Y zarta é y me dice que zoy una bruja. Y zarto yo y le digo que



CATALINA.—¡Ay, Virgen del Amparo!

ze yevó de aquí una cuchara. Y zarta é y me dice que ezo no es verdá. Y zarto yo y le arañó en la jeta. Y zarta é y me da un bofetón—mardita zea zu casta.—Y zarto yo y le pongo un ojo como er faró de la botica. Y zarta er cochero der pescante, y ze mete por medio. Y principia á zalí gentuza e la taberna, y zale don Calixto con una lagarta, y ze ponen á reirze de mí, y me arranco á la lagarta y le trinco er moño, y eya me trinca er mío, y por

poquito nos queamos carvas las dos; y ze para la gente á mirarnos, y á mí me da la razón to er mundo, menos los *guindiyas*, porque no había ninguno; y gracias á que estaba ayí zeñó Romuardo er de la tienda, que me trajo pa acá y me dejó en la esquina, no zalimos tos mañana en los papeles... ¡Jozú, Jozú, qué escándalo! ¡Ay, Virgen de los Reyes! ¡ay, Virgen der Pilá! ¡ay, Virgen de Utrera!...

CARITA.—Sosiéguese, Catalina, sosiéguese.

DON MIGUEL.—Vaya por Dios, mujer. Pero hasta cuándo va á durar el rastro de esa gente en mi casa?

JEREMÍAS.—A ver, á ver... Mario aquí... y su padre en la callejuela... y un coche... y... ¿Dónde está Gloria?

CARITA.—Allá dentro, señor.

DON MIGUEL.—¿Qué temes tú? Voy por ella ahora mismo...

CATALINA.—¡Ay, no azustá!

(*Llega PEDRITO despavorido con un palmo de lengua fuera. Trae un lío de ropas en la mano.*)

PEDRITO.—¡Gloria! ¡Gloria!

DON MIGUEL.—¿Qué pasa?

CARITA.—¿Qué es ello?

PEDRITO.—¿Y Gloria? ¿Y Gloria? ¿No está aquí Gloria?

CATALINA.—¿Ande ze ha metió Gloria?

PEDRITO.—¡Va en un coche con los Galeotes!

(*Grito de espanto; consternación; cada uno tira por un lado.*)

(*Las frases comprendidas en la llave son simultáneas. También lo son los ayes de Catalina y la descripción del suceso que hace Pedrito.*)

DON MIGUEL. } ¡Mentira! ¡Gloria! ¡Gloria!
 } ¡Hija mía! (*Éntrase en la casa corriendo.*)

JEREMÍAS. } ¡Se fué por el portal! ¡Son
 } unos bandidos! (*Corre á la calle.*)

CATALINA. } ¡Jozú qué infamia!

CARITA. } ¡No es cierto! Si no puede
 } ser... ¡Gloria! (*Sigue corriendo á Don Miguel.*)

CATALINA (*Muy acongojada.*)—¡Ay, Jozú! ¡ay, qué doló! ¡ay, qué pena de hija! ¡ay, qué desgraciaita va á zé! ¡ay, que ya ze acabó la alegría en esta caza! ¡ay, eze padre ze va á gorvé loco! ¡ay, vaya por Dios! ¡ay, yo que la he críao en mis brazos! ¡que la he visto crecé! ¡que la quería como á la zangre de mis venas!... ¡ay, pobrecita mía, que la han engaño! ¡ay, qué picardía! ¡ay, qué doló! ¡qué doló! ¡qué doló!

PEDRITO (*A Catalina, que maldito si le hace caso.*)—La he visto... la he visto... no me cabe duda... Era ella... eran ellos... El coche pasó por delante de mí como un relámpago, cuando yo salía de mi casa... pero pude verlos... Grité... llamé al cochero... Inútil. Corrí... resbalé y dí de bruces en las piedras... Perdí de vista el coche... ¿Qué hacer, Dios mío?... Volar... volar á su casa... Y en menos tiempo que lo digo me he plantado

aquí. ¡Ay, Catalina! ¡Esto es horrible! ¡esto es cruel! ¡esto mana sangre!...

(*Sale DON MIGUEL con GLORIA y CARITA, y se encara con Pedrito, el cual, al ver á GLORIA, enmudece de asombro.*)

DON MIGUEL.—¿De dónde sacas tú, majadero...?

CATALINA.—¡Pero zi está aquí la gloria e miz ojos! ¡Ven acá tú, arma mía! ¡ven acá tú! (*La abraza y la besa fuertemente, como si quisiera dejarle los besos señalados.*)

CARITA.—Este Pedrito, con sus dramas...

PEDRITO.—Perdón... perdón... mis intenciones... Yo juraría...

DON MIGUEL.—Más vale que no jures.

CATALINA (*Separándose de Gloria y abalanzándose sobre Pedrito, á quien pellisca.*)—Ahora verás tú, mal ange, ezaborío, lombriz con capa... ¿Te paece bien er zusto que noz has metió en er cuerpo? ¡Toma! ¡toma!

PEDRITO.—¡Ay! Perdón otra vez... Pero cuenta que yo no estoy chiflado... que no he visto visiones... Con Mario y con Calixto iba una mujer...

CATALINA.—¡La lagarta con quien yo he peleao!

PEDRITO.—Sí, pero... así de pronto... cualquiera se ofusca... y como yo estaba ya con la mosca en la oreja, por lo que yo me sé, y además me he pasado todo el día recordando el rapto de doña Leonor...

DON MIGUEL.—¡El demonio del comiquillo éstel... Vete, vete, que me has dado el susto más espantoso de mi vida.

(*Vuelve JEREMÍAS de la calle, y desde la puerta dice á grandes gritos y sin ver á Gloria, á quien tapa Catalina.*)

JEREMÍAS.—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ni sombra! ¡No parece! (*Avanzando hacia don Miguel con los brazos abiertos.*) ¡Qué tremendo golpe, hijo mío! ¡Te compadezco!... (*Le abraza, quedando cara á cara con Gloria, la cual, adelantándose hasta él sonríe tristemente.*) ¡Ah, ¿pero está aquí ésta? (*Pedrito suelta la carcajada, lo cual irrita á Jeremías.*) ¿Quién se rie? ¡Yo te daré risa, tarambana!

PEDRITO.—Perdón, perdón, don Jeremías?

JEREMÍAS.—¿Qué perdón?

DON MIGUEL.—Sí, perdonémosle todos, ya que lo perdonamos mi hija y yo.

PEDRITO.—Yo... la verdad... con la más sana intención del mundo...

DON MIGUEL.—Sí, hombre, sí... Anda con Dios.

PEDRITO.—Nunca me arrepentiré bastante, don Miguel. (*Viendo su reloj.*) Pues encima me voy á ganar un rapapolvo en casa de doña Guadalupe. Llego con una hora de retraso. Vaya, hasta mañana, si Dios quiere. (*Corre hacia la puerta y se va.*)

*Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero.*

CATALINA.—Más loco está que un chivo.

JEREMÍAS.—¿Ves, Miguel? ¿ves qué drama si llegan á arrebatarte á tu hija?

DON MIGUEL.—¡No hables de eso, por Dios, que no es más que una locura tuya y de Pedrito!

GLORIA (*Con profunda tristeza.*)—No; eso no.

DON MIGUEL.—¿Qué dices, Gloria?

GLORIA.—Digo que hay algo de verdad en todo esto. Yo quiero á Mario... Mario venía á llevarme.

DON MIGUEL.—¡ Gloria!

GLORIA.—He dicho mal: lo he querido... La mejor prueba de que he de olvidarlo es que confieso ahora.

JEREMÍAS.—¿ Lo ves?

DON MIGUEL.—¡ Jesús mil veces!

GLORIA.—No ha sido culpa mía... Perdóname. Y nada temas. A Carita debo el haberme salvado.

DON MIGUEL.—Que Dios te lo pague, Carita.

GLORIA.—De los Galeotes no queda nada aquí: si algo quedara en mi corazón, yo sabría arrancarlo y echarlo en medio de la calle.

JEREMÍAS.—¡ Y si hace falta romperle las muelas á ese mozo, aquí está Jeremías!

EL LORO.—No te tires, Reverte.

JEREMÍAS (*Con explosión de júbilo.*) ¡ Ah, Rodríguez! ¡ Lo has aprendido ya! ¡ Me haces el más feliz de los hombres! ¡ Mañana, chocolate con leche!

DON MIGUEL.—¡ Pero qué infamia, qué infamia, la de esos Galeotes!...

CATALINA.—Escarmiente usted, zeñorito, escarmiente usted.

JEREMÍAS.—Sí, sí; escarmentar... Ese verbo no está en su Diccionario... Si mañana vienen otros Galeotes...

DON MIGUEL.—Oh, no; yo os aseguro...

CATALINA.—No asegure usted na; zi vienen mañana, pue zé que no ze cuelen, pero como vengan pazao mañana...

JEREMÍAS.—Y después de todo, ¿ quieres decirme lo que has sacado en limpio con meter en tu casa á esa gente?

CARITA (*Saltando con mucho salero.*) ¡ Caramba! ¡ conocerme á mí! ¿ No valgo yo la pena?

DON MIGUEL.—Es verdad: conocer á Carita, que no es poco.

GLORIA.—No es poco, no.

CARITA.—Y yo conocerlo á ustedes, que eso sí que es mucho.

FIN DE LA COMEDIA



Nos complacemos en publicar al final de esta comedia el juicio que le mereció al gran crítico "Clarín", cuya influencia tanto se echa de menos en estos tiempos de anarquía literaria.

"En la *Comedia* triunfaron los hermanos Quintero con "Los Galeotes". Estos autores son toda una revelación; significan un gran aumento en el caudal de nuestro tesoro literario. Traen una nota nueva, rica, original, fresca, espontánea, graciosa y sencilla; muy española, de un realismo poético y sin mezcla de afectación ni de atrevimientos inmorales. Tanto valen, que vencen al

público por el camino más peligroso, huyendo de seguirle el mal gusto adquirido; dejando el torpe interés del *argumento* folletinesco ó melodramático, por el que despierta la viva pintura de la vida ordinaria en sus rasgos y momentos expresivos y sugestivos.

Para mí los Quintero son *un orgullo.*"

No puede expresarse en menos ni más significativas palabras la íntima y profunda originalidad de un teatro que en "Los Galeotes" vino como á tener comienzo.



○ New-York

○ MADRID

○ CADIZ

ESPAÑA EXPORTÓ
EN 1912 A AMÉRICA
500.000 FRASCOS
de PETRÓLEO GAL

A. Ehrmann.

PELETERÍA
CARMEN, 10

Gabán señora, piel nutria, á medida, largo un metro 200 ptas.
Kymono en piel nutria, á medida, sin señal 250 »

MEDINA
CARMEN, 10



LUZ NUEVA LAMPARAS incandescentes por gasolina
Seguridad absoluta. Higiene completa. Mucha economía. Sin olor ni humo. De todas clases de 10 á 500 bujias. Catálogos gratis.
La Orden y C.--FUENTES, 9.--Madrid. (antes Atocha, 43)

Indices y tapas para "Alrededor del Mundo" ra el tomo XXVI de

COLDCREAM

ra, pecas, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, costras grietas de los labios, del pezón, erisipelas, etc. Farmacia de Torres Muñoz, San Marcos, 11, Madrid.

VIRGINAL A LA GLICERINA. — El mejor cosmético que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones bien precisas para curar las irritaciones, manchas de la ca-

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

Precio fijo, 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

IMPOTENCIA de AMBOS SEXOS
Radicalmente curada á toda edad por los
PILDORAS OURANIA
Este descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento endérgico y sin peligro.
Curación garantida con un solo frasco.
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. Laboratoire WORDERN,
31, Passage du Havre, Paris. — Frasco con instrucciones por correo, ptas 12. — Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO Arenal 2.
en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA 4 Passage del Crédito

AL ESCUDO DE CATALUÑA

53, MONTERA, 53

JERSEYS Y MEDIAS PARA SPORT.--ARTICULOS PARA TEATRO
PRIMERA CASA EN GENEROS DE PUNTO ESPECIALIDAD EN ARTICULOS
PARA NIÑOS

Teléfono núm. 798.

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD, CONCERTAL, etc., al contado y plazos, desde 25 pesetas. Pianos verdadera ocasión, garantizados, desde 400 pesetas. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones, compras, cambio y reparaciones. **AUTOPIA**

R. Alonso
22-Valverde-22

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MÁQUINAS DE ESCRIBIR Y FOTOGRAFÍCAS, PIANO PIANOLA, ESCOPETAS Y BICICLETAS

AL TODO DE OCASION, FUENCARRAL, 45
PARAGUAS Y TODA CLASE DE OBJETOS PARA REGALO

JOYERÍA, PLATERÍA Y OBJETOS PARA REGALOS
DESENGAÑO, 26

Casa **LLORENTE**

300

HERNANDEZ

33, MONTERA, 33

FIN DE TEMPORADA

Grandes rebajas hará esta casa durante el mes de Enero en todos los géneros de invierno.

Abrigos de piel, peluche y paño, modelos de la presente estación, con 50 por 00 de rebaja.

Lote de abrigos, distintas formas, desde 25 pesetas.

Cortes de traje, en paño, desde 15 pesetas y en lana desde 12,50

33, MONTERA, 33

HERNÁNDEZ